

podría presentar muchos resultados ridículos sacados por los etimologistas que han caminado á su arbitrio, pero se contentará con recordar la conocida etimología de menaje que hizo descender á *alfama* de *equus*.

Resumiendo todo lo dicho, resulta que ni en la historia de México, ni en las circunstancias físicas y locales de la ciudad, ni en las observaciones, á desprecio de las reglas etimológicas, hay un dato cierto que pueda guiar á la Sociedad para aprobar ó reprobar las etimologías que nos ocupan, y ni aun tenemos á nuestra disposición otro medio, que de conocerle todo lo supliría, y es el de comparar las varias etimologías que hay de la palabra México con el signo jeroglífico de esta ciudad, pues es claro que la etimología que se conformara con el jeroglífico, sería la verdadera. Desgraciadamente ese medio de comprobación nos falta, porque hasta hoy no se conoce el signo de la capital del imperio azteca.

Por lo tanto, el dictamen de la comisión se reduce á lo que ha dicho desde el principio: «que la Sociedad no debe apoyar ni impugnar ninguna de las dos etimologías que se le han presentado, sino que debe dejarla como opinión de sus autores, tributándoles, sí, el justo aprecio que merecen sus trabajos.

México, Febrero de 1862.—José Guadalupe Romero.—Francisco Pimentel.

## HISTORIA Y APLICACIONES DE LA FILOLOGÍA.

INTRODUCCIÓN  
DE LA PRIMERA EDICIÓN DEL CUADRO DESCRIPTIVO Y COMPARATIVO  
DE LAS LENGUAS INDÍGENAS DE MÉXICO.

Una de las ciencias que más han llamado la atención de los sabios de Europa en los últimos tiempos, principalmente de los profundos y estudiosos alemanes, es la *lingüística*, conocida también por los nombres de *Filología comparativa* ó *ethnográfica*, ó simplemente *ethnografía*, aunque este último no cuadra bien con su objeto, hablando con todo el rigor etimológico. Está dividida en dos partes, esencialmente distintas, el conocimiento práctico de las lenguas, y su estudio comparativo.

Como otras muchas ciencias, comenzó la lingüística por dedicarse á indagaciones estériles, y usar métodos falsos: quiso edificar antes de tener materiales.

Buscar la lengua primitiva, la que debía contener el germen de todas las demás; he aquí el objeto de los primeros lingüistas. Su medio de comprobación fué la etimología: pero no una etimología juiciosa y fundada, como realmente existe; no la comparación de las palabras, sino la suposición de que en tal voz existía el sentido de tal otra. Por ejemplo: Goropio Becano, en 1569, quiso probar que la lengua del paraíso había sido el flamenco, y para ello se valió de etimologías como las dos siguientes: *Adam* es una palabra compuesta de *hat*, odio, y *dam*, dique; porque era un dique opuesto al odio de la serpiente. *Eva* se compone de *e*, juramento, y *vat*, tina; porque era el receptáculo de la promesa



de un redentor. De esta manera fué siempre fácil elevarse desde *alfana* hasta *equus*, etimología de Menaje con que se caracteriza lo ridículo del sistema etimológico.

*Alfana vient d'equus sans doute  
Mais il faut convenir aussi  
Qu'en venant de là jusqu'ici  
Il a bien changé sur la route. (CAILLY.)*

Pero no sólo el flamenco, defendido por Becano, pretendió ser la lengua primitiva; en el siglo XVII vemos á Web abogando por el chino; en el XVIII á Perrón por el celta, y á principios del presente á varios autores por el vascuence ó cántabro. Empero, en todos tiempos, el hebreo fué el que obtuvo más votos, y aun para literatos de nota era cosa averiguada que en él debía verse el origen de todas las lenguas, opinión todavía defendida por Antón en 1800. Autor hubo, Duret, que no sólo le pone en primer lugar, sino que asegura también, con toda formalidad, que en idioma hebreo se entienden los ángeles y los bienaventurados.

Entre tanto, y por varios conductos, se reunían materiales, por lo cual debía haber comenzado la ciencia para proceder de un modo satisfactorio. Por una parte las cuestiones sobre la lengua primitiva algo dejaban que se podía aprovechar, por otra, los viajeros reunían listas de palabras ó noticias de algunos idiomas desconocidos, y por otra, los misioneros aprendían lenguas extrañas cuyas reglas fijaban en sus escritos.

Pero por lo que toca á los principios en que debía descansar la ciencia, parece que Leibniz fué el primero en indicarlos, sobre cuyo punto véamos lo que dice el Sr. Wiseman en el primero de sus conocidos discursos: "La ethnografía debe á Leibniz los principios que le permitieron al fin reclamar un lugar entre las ciencias. Aunque por algunos pasajes de sus escritos se supone que apoyó los derechos del hebreo á la primacía del lenguaje, en su carta á Tensel rechazaba las pretensiones de aquel idioma. Como quiera que sea, en cuanto pueda extenderse la simple comparación de las palabras, hay que admitir que propuso los primeros principios racionales, y que apenas existe una analogía anunciada por los partidarios del sistema compara-

tivo en los tiempos modernos, que no indicase él en alguna parte: muchas de sus esperanzas se han cumplido, y verificándose muchas de sus conjeturas. En vez de reducir el estudio de las lenguas al inútil objeto seguido por los primeros filólogos, descubrió é indicó su utilidad con relación á la historia para seguir el rastro de las emigraciones de los primeros pueblos, y para penetrar la oscuridad en que están envueltos sus documentos más antiguos y menos ciertos. Esta ampliación de fines produjo necesariamente una variación de método. Aunque Leibniz, en ocasiones, y como por vía de solaz, se haya dejado llevar de insignificantes etimologías, conoció muy bien, que para aumentar la utilidad que quería dar á la ciencia, era preciso establecer comparaciones entre los idiomas de los pueblos más distantes. Quéjase de que los viajeros no cuidaban bastante de reunir ejemplos de idiomas, y su sagacidad le hizo comprender que estos ejemplos debían formarse con arreglo á una lista uniforme que contuviese los objetos más simples y elementales. Exhortaba á sus amigos á reunir palabras en tablas comparativas, á analizar el idioma georgiano, y á confrontar el armenio con el cofto, y el albanés con el alemán y el latín."

La Emperatriz Catalina II de Rusia comenzó á realizar los pensamientos del filósofo alemán, pues después de concebir la idea de un vocabulario comparativo de todas las lenguas entonces conocidas, y de haberle comenzado á formar ella misma, encargó la continuación de la tarea al naturalista Pallas.

Más adelante, en 1874, se fundó la Sociedad Asiática de Calcuta, y por su estímulo comenzaron á cultivarse las lenguas del Este y del Sur del Asia, entre las cuales figuraban principalmente el chino y el sanscrito.

Siguiendo la vía marcada por Catalina, los filólogos casi se habían limitado á la comparación de los diccionarios; pero faltaba que consideraran la parte principal de las lenguas, lo que les da ser y vida, la gramática, hasta que á principios de este siglo apareció una obra notable, que causó una verdadera revolución en la ciencia, la cual fué el *Mitridates*, honor de la Alemania. La comenzó Juan Adelung en 1806; pero murió este sabio sin haber publicado más que



el primer tomo, que trata de las lenguas de Asia, y hasta 1809 no apareció el segundo, que se ocupa en las de Europa: el tercero, que trata de los idiomas de Africa y América, se debe al profesor Vater, y fué publicado de 1812 á 1816, saliendo al año siguiente el último tomo (que contiene un suplemento), formado por el mismo Vater y Adelung el joven. En el Mithridates se vió por la primera vez, una descripción de todas las lenguas conocidas, con un ejemplo de cada una, que generalmente es la Oración Dominical.

También merece un lugar distinguido en la historia de la lingüística, el infatigable jesuita español Hervas, que en su *Catálogo delle lingue*, el *Vocabolario poliglotta*, el *Tratato delle grammatiche* y l' *Aritmetica delle nazione conosciute* dejó importantes materiales para la ciencia; de manera que el Vocabulario de Pallas, las Colecciones de Hervas y el Mithridates de Adelung y Vater deben considerarse como las obras fundadoras de la filología comparativa.

Después de Hervas y Adelung ha seguido la ciencia un curso constante y progresivo, cultivándose principalmente en Alemania y Francia, como lo prueba, en este último país, entre otras obras, el Atlas ethnográfico publicado por Balbi, que puede llamarse el Mithridates de los franceses.

Por lo que toca á la América, he dicho que Vater incluyó en el Mithridates la lenguas de esta parte del mundo; pero como no le fué dable hacerlo de una manera completa, se conoció la necesidad que había de ocuparse más seriamente en los idiomas del nuevo continente, y entonces la sociedad filosófica americana de Filadelfia, fundada por Franklin, comenzó tan interesantes tareas, siendo el resumen de sus trabajos la *Relación sobre el carácter general y las formas gramaticales de las lenguas americanas*, presentada por el Sr. Du Ponceau, presidente de aquella Sociedad. El mismo sabio escribió más adelante una *Memoria sobre el sistema gramatical de las lenguas de algunas naciones indias de la América del Norte*, obra á la que el Instituto real de Francia acordó el premio fundado por el conde Volney.

Además, se han publicado en los Estados Unidos otras obras interesantes, siendo notable, entre ellas, la que lleva el título de *Ojeada sinóptica de todas las lenguas indias que*

*existen ó han existido en los Estados Unidos y en las posesiones británicas de la América del Norte*, por M. Alberto Gallatin, impresa á fines de 1836.

Entretanto, muy poco, casi nada, se ha hecho respecto á las numerosas é interesantes lenguas que se hablan en el vasto territorio de México.

De los hijos del país, sólo uno es digno de figurar entre los filólogos modernos, y éste no dió á luz más que un libro capaz de ponerse al lado de las obras contemporáneas. Hablo del P. Fr. Manuel Crisóstomo Nájera y de su *Disertación sobre la lengua othomí*. Sin embargo, esta obra, aunque pequeña en volumen y referente á un solo idioma, ha sido de grandes resultados para la filología americana, pues sirvió para modificar las conclusiones asentadas por Du Ponceau sobre las lenguas de América. Este filólogo había creído que todas esas lenguas eran polisilábicas, y el Padre Nájera le hizo renunciar á la generalidad de su opinión, demostrando que el othomí es un idioma monosilábico y de estructura semejante al chino, cosa que el mismo Du Ponceau ha confesado con la ingenuidad propia de un verdadero sabio.

Entre las obras escritas por extranjeros, sólo en el Mithridates se trata de algunas lenguas mexicanas. Empero, faltan muchas; de otras se da una noticia tan vaga y superficial, que apenas nos enteramos de su nombre, y aun en las que más largamente se describen, hay omisiones y errores muy notables: fácilmente podrá conocerlos el que quiera comparar esa obra con las descripciones que se ven en la presente.

Los demás escritos que hay sobre las lenguas indígenas de México, no son sino materiales para la grande obra que ha emprendido la filología, aunque sí muy abundantes respecto á los que existen sobre otras lenguas de América, como las de los Estados Unidos: basta leer las obras de Du Ponceau para conocer la escasez de libros con que trabajó, no obstante sus diligencias. ¡Honor á los misioneros castellanos que, con fines más altos, procuraron también á la ciencia documentos tan preciosos! Clavijero, en su disertación 6ª sobre la Historia de México, y con el objeto de referir á un escritor ligerísimo, Paw, trae un catálogo de los



autores que han escrito en lenguas de México, y pasan de ochenta, no obstante que su catálogo es muy corto respecto á lo que podría ser.

El Padre Nájera, en el prólogo á su obra citada, exclama: "¿Cómo podría yo enumerar compendiosa y fácilmente las obras que en México se han escrito, ya en, ya sobre las lenguas de los indios? La mexicana está con todas sus gracias, y en toda su pureza, en cerca de doscientas obras diversas de todo género de conocimientos: el othomí, en la pluma de sesenta, ó más mexicanos, está diciéndonos, que si bien no compite en riqueza de formas con su vecina, no le cede en la de las palabras, pues no es ni muda ni limitada en medio de su rusticidad; la tarasca ni ha sido menos fecunda en escritores que la othomí, ni está menos contenta de los suyos que la mexicana: la yucateca, entre muchos escritos que posee, nos enseña á Dioscórides á esa lengua traducido, y á Fleury hablando en la lengua maya, siendo su intérprete el R. P. Fr. Joaquín Ruz; y no hay una sola lengua de cuantas se hablan en el territorio que se denominó Nueva España, que no cuente con su gramática, su diccionario, más ó menos extenso, y su catecismo, si bien no de todas se hayan publicado por la imprenta. No existía la filología como ciencia en Europa, cuando la metafísica de las lenguas se conoció por uno que otro, en nuestro país. Aun no había la Emperatriz Catalina concebido la idea de un diccionario polígloto comparativo, ni Adelung y Vater habían publicado sus obras filológicas sobre las lenguas, cuando el pensamiento de ellas ya se veía, dando resultados, en algunos escritores nuestros. Si alguno tuviere esto por paradoja, se desengañará leyendo en Beristain, cómo un Betanzos desde 1570 comparaba entre sí las lenguas de Guatemala, de las que Juarrros enumera hasta veintisiete y las separaba por familias, dándoles á reconocer respectivamente, por madres, á las tres que él considera serio de las demás; la kiché, la kachiquel y la tzutuhil: allí mismo verá que Val, se había ocupado en escribir un diccionario comparativo de cuatro lenguas indígenas: allí, en fin, encontrará á Lázaro empeñado en formar una gramática comparativa de algunas lenguas indígenas. Y ¿no habla el mismo bibliógrafo de

"dos escritores lenguaraces, que tuvieron el empeño de comparar entre sí, el uno el mexicano y el español, y el otro el othomí y el mexicano? Esto era ciertamente trabajar en leña verde; pero ¿hubieran esos escritores emprendido semejante tarea, si no estuviesen penetrados del principio que dió origen á una de las ciencias que más célebres son en nuestro siglo?"

Hay pues, entre nosotros, muchas obras que facilitan el estudio de los idiomas mexicanos; pero falta un libro que los comprenda todos, conforme á las miras de la lingüística; es decir, un libro donde se analicen, describan, juzguen y comparen. En consecuencia, siendo este el objeto de la presente obra, tiene el carácter de *oportuna*, el primero que debe poseer todo escrito que se da á la luz pública.

Pero como no basta que una obra sea *oportuna*, sino que además debe ser *útil*, me creo obligado á hacer algunas explicaciones acerca de la utilidad de la filología, y, en consecuencia, de mi libro, que es una parte, aunque pequeñísima, de esa ciencia. Tanto más necesario es esto, cuanto que se trata de una ciencia nueva, cuyo objeto y aplicaciones pocos alcanzan, y cuando desgraciadamente aun de la utilidad de ciencias conocidas se duda por los que no las profesan, acaso por la razón que daba el médico suizo Zimmermann: «El amor propio da al hombre una falsa idea de su valor, y extravía sus ideas acerca del mérito de las cosas. El ocioso se buria del estudioso; el jugador mira como un ignorante al que no conoce las cartas; el burgomaestre, hinchado con su vana importancia, pregunta con orgullo: ¿sa satisfacción de sí mismo, para qué puede servir el miserable ser que tiene tiempo de hacer un libro. La misma fatuidad entre los sabios, y la misma injusticia hacia sus émulos. El naturalista afecta un profundo desprecio por las opiniones del médico; el físico, que cifra toda su gloria en electrizar una botella, no comprende cómo el público puede divertirse en leer discursos insulsos sobre la paz y sobre la guerra: el autor de un *in folio* desprecia al que no escribe más que un *dozavo*: el matemático todo lo desprecia. Se preguntaba un día qué cosa era un metafísico. Es un hombre que nada sabe, respondió un matemático.»



Para poner, pues, á cubierto la lingüística del desprecio ignorante ú orgulloso, haré las siguientes explicaciones:

La historia es la primera ciencia que recibe poderosos auxilios de la filología. Los hombres no conservan ya el recuerdo de una gran parte de los acontecimientos pasados, los documentos que acreditan el origen de muchas naciones se han perdido ó se hallan tan confusos, que es preciso una nueva luz que los ilumine: muchos pueblos se encuentran mezclados unos con otros, sin saber si fueron hermanos ó huéspedes, amigos ó enemigos, conquistadores ó conquistados. Basta fijar la vista en nuestro propio suelo, en México. ¿Cómo conocer las familias que le habitan? ¿cómo clasificarlas? ¿cómo saber su origen? No hay otro medio sino el estudio y clasificación de sus lenguas; y lo mismo sucede respectivamente en los otros países.

Balbi considera que "el estudio comparativo de las lenguas, tan interesante por sí mismo, y tan fecundo en resultados importantes, está bien lejos de obtener la estimación que merece. Sólo un corto número de sabios verdaderos saben apreciarle dignamente; casi todos los otros, no le consideran sino como un estudio inútil, ó á lo sumo, de una utilidad limitada. . . . Vamos, pues, á indicar brevemente algunas de las numerosas aplicaciones de que es susceptible, comenzando porque puede ser la base de la historia y de la ethnografía. ¿Qué es nación? No se puede responder de una manera conveniente á esta pregunta tan interesante para el geógrafo, el filólogo y el historiador, sin ayuda de la lingüística, pues es la única ciencia que suministra los elementos que determinan el carácter más constante que distingue una nación de otra. . . . El nombre de nación, en el sentido político ó histórico, es tan variable como los acontecimientos que cambian tan frecuentemente la faz de la tierra. . . . La lengua es el signo característico que distingue una nación de otra, y á veces es el único, porque todas las otras diferencias producidas por la diversidad de raza, de gobierno, de usos, de costumbres y de religión, ó no existen, ó bien ofrecen matices casi imperceptibles. ¿Qué diferencia esencial presentan entre sí las principales naciones de Europa, si no es la lengua? . . ."

"Sólo, pues, por el examen de los idiomas que hablan los diversos pueblos de la tierra; se puede llegar al origen primitivo de las naciones que la habitan. La historia no puede guiarnos en esta investigación, sino hasta los tiempos á que alcanza, y aun eso no es posible sino respecto al corto número de naciones que poseen anales, ó á aquellas de las que se conservan algunos recuerdos por historiadores extranjeros. El mayor número de las naciones del mundo está fuera de su alcance; pero se presenta la ethnografía para ayudarnos por medio de la sabia aplicación de los hechos que ha recogido, á llegar hasta el origen primitivo de las diferentes naciones. Si se ha dicho con razón, que la geografía y la cronología son los dos ojos de la historia, me parece que la ethnografía es para añadir bas lo que la cronología es para la historia. Sin una división bien distinta de las fechas y de las épocas, todo es confusión en esta última; sin la distinción bien precisa de los pueblos, la historia y la geografía se vuelven un verdadero caos, un laberinto donde se pierden los más claros talentos, los sabios dotados de la más basta erudición."

En un discurso leído por D. Pedro Felipe Monlau ante la Academia Española, dijo: "Un estudio profundo de los diversos idiomas equivaldría, en verdad, á una historia completa universal: y si acertado anduvo Buffon al afirmar que *el estilo es el hombre*, bien puede añadirse, con no menor fundamento, que *la lengua es la nación*. Efectivamente, señores, si los contemporáneos no refiriesen las guerras feroces, las emigraciones de los pueblos, el cruzamiento y confusión de las razas que dieron origen á los modernos, los filósofos descubrirían lo substancial de esas viscosidades en los idiomas que han conservado la huella que indeleble imprimieron aquellas inundaciones é incendios de la historia. Bien así como los geólogos reconocen las catástrofes del globo terráqueo en las diferentes capas de terreno y bancos de rocas, la análisis del filólogo puede llegar también á distinguir en el idioma de un pueblo las diferentes capas de lenguas extranjeras que atestiguan las catástrofes de los imperios."

"A pesar de los esfuerzos de la historia por conservar la memoria de los sucesos pasados, dice el Padre Nájera, mu-



"chos de ellos no han podido llegar á nosotros; de no pocas  
 "noticias somos deudores al canto de la fábula, y es tal la  
 "confusión con que otras se nos presentan á la vista, que  
 "más bien son objeto de nuestras conjeturas que de nues-  
 "tro conocimiento. La filosofía había conseguido poner á  
 "su luz muchos hechos de este género, mas otros no atina-  
 "ban á colocarlos dónde pudieran ser examinados. Ella  
 "misma no hacía sino contemplarlos á lo lejos, multiplican-  
 "do sus tentativas, aunque inútilmente, para poderlos ver  
 "de cerca. De este número de hechos han sido las emigra-  
 "ciones del género humano, y su extensión por muchas  
 "partes del Orbe. ¿Qué era lo que la filosofía nos decía de  
 "nuestros antiguos indios? Que eran hombres como noso-  
 "tros, si bien de distinto color, en la mayor parte. Mas  
 "¿quienes eran? ¿de dónde vinieron? ¿qué camino trajeron?  
 "He aquí cuestiones que la atormentaban y hacían formar  
 "distintos sistemas, que, como todos, á los cuantos días  
 "perdían su probabilidad, á manera de los malos charo-  
 "les que expuestos al aire se quedan sin brillo, y nada, na-  
 "da podía enseñar en la materia la que de nada estaba cier-  
 "ta. En tal conflicto, se dirige á la historia: busca las anti-  
 "guas tradiciones de estos pueblos, las halla confusas, os-  
 "curas y como los oráculos de las cibilas entretrejidos de la  
 "verdad y de la fábula: registra los monumentos y se en-  
 "cuentra con que algunos de ellos recuerdan la sencillez  
 "de los días de Abraham y de Jacob, y en otros conoce la  
 "grandiosa tosquedad de los egipcios, y no faltan algunos,  
 "que tengan algo de la cultura de los griegos: se encuen-  
 "tra con restos aislados de ciencias conocidas en el Orien-  
 "te, los usos y costumbres de esa parte del mundo conser-  
 "vadas en el que tantos problemas ha presentado á la Eu-  
 "ropa. Todo esto, pero no más esto, ha enseñado la histo-  
 "ria á la filosofía. ¿Y qué ha podido averiguar de los tem-  
 "plos, palacios y sepulcros del Palenque y Mitla donde tal  
 "vez ni los Zapotecas ni los Tcholacs, sino un pueblo más  
 "antiguo que ellos adoraron sus falsos dioses, vivieron, y  
 "enterraron á sus padres? Nada ciertamente. Entonces la  
 "filosofía, saliendo de sus profundas meditaciones, no de-  
 "sespera sino que se abre un nuevo camino. Esos pueblos  
 "son nuevos, lenguas tienen; me acercaré á ellos, las apren-

"deré, las compararé entre sí con las que ya conozco del  
 "antiguo mundo: *las lenguas no mienten*. Esta fué una nue-  
 "va ocupación para la filosofía y en ella comenzó á hacer  
 "nuevos beneficios á la causa de las ciencias. De entonces  
 "acá ¡qué no debemos á los trabajos que ha emprendido  
 "con el nombre de filología! ¡Qué hombres no ha inmorta-  
 "lizado! ¡Qué de verdades no ha puesto en claro! Mas aún  
 "no ha concluido su obra: no la deja de la mano, es cierto,  
 "y por esta razón la llevará á cabo."

Después de la historia debe mencionarse la geografía,  
 como otra ciencia á la que es muy útil la lingüística, y cu-  
 yas aplicaciones pueden verse en Balbi: considérese aunque  
 sea solamente la ventaja que resulta de la interpretación  
 exacta de los nombres propios, de lugares, ríos, montañas,  
 etc. "Los hombres mueren dice Salverte, en su *Ensayo*  
*sobre los nombres propios*: los ríos, las montañas, los valles,  
 aun las ciudades, quedan y conservan largo tiempo sus  
 "nombres. Los antiguos nombres de lugares son otros tan-  
 "tos monumentos que mantienen el recuerdo de la pobla-  
 "ción primitiva de un país, mucho tiempo después que ha  
 "desaparecido por el exterminio, la fuga ó la mezcla con  
 "la raza de los vencedores."

También la filosofía debe esperar grandes adelantos de  
 la lingüística, porque como dice Du Ponceau: "El estudio  
 "de las formas del lenguaje nos descubre los misterios más  
 "ocultos del entendimiento humano; nos manifiesta de qué  
 "manera las ideas, nacidas de las percepciones, se presen-  
 "tan absolutamente puras al espíritu del hombre, que no  
 "ha encontrado todavía y busca los medios de comunicar-  
 "las á sus semejantes." "Estudiar el lenguaje es estudiar  
 "el pensamiento, dice Balmes en su filosofía; el adelanto  
 "en un ramo es el adelanto en el otro: así lo trae consigo la  
 "íntima relación de la idea con la palabra."

La gramática general no existe todavía, y sólo existirá  
 por medio del estudio de las diferentes lenguas. Las obras  
 que hasta hoy llevan el nombre de *Gramática general*, no  
 son más que la reunión de principios comunes á cier-  
 tas lenguas determinadas, las más conocidas, de ma-  
 nera que teniendo conocimiento de otros idiomas, verdade-  
 ramente admira ver cómo los autores asientan que tal y



tal principio es común á *todas las lenguas*; cómo creen que un mismo sistema es aplicable á todos los idiomas. Este error viene de haber olvidado que el lenguaje es un *hecho*; que no se puede conocer *a priori*; que si no se empieza por el análisis no tendremos más que teorías infundadas. Para que haya, pues, una verdadera gramática general, ó mejor dicho, *comparada*, es preciso que antes la filología comparativa haya clasificado todas las lenguas que sea posible, según las analogías y diferencias que presentan sus gramáticas: entonces bastará hacerse cargo del sistema de cada grupo, ó familia, y la exposición y comparación de los sistemas, será la única y verdadera gramática universal, pudiéndose entonces fijar y conocer perfectamente los elementos verdaderos y absolutamente necesarios del lenguaje. Esa gramática podrá llamarse *general*, porque explicará todos los sistemas diferentes; no porque uno sólo sea común á todas las lenguas, como algunos han imaginado erróneamente. Se ha confundido la identidad de ideas expresadas, que no pueden menos de ser iguales en todas las lenguas, con las formas que son diferentes. Entre los diversos sistemas no hay más que una cosa común; que todos expresan el pensamiento.

Mucho más claro es el influjo de la lingüística en las lenguas particulares, porque ella no se contenta con enseñarlas conforme á la rutina, sino que las analiza, descompone y explica en todos sentidos, de lo cual ha venido la regeneración de muchas gramáticas particulares, el conocimiento perfecto de idiomas extraños y la explicación de las anomalías aparentes que se notan en las lenguas. El hebreo, por ejemplo, era tenido por una lengua bárbara; pero los trabajos de Herder hacen ver que, según su propia expresión, no es sino «una bella y poética campesina» en la misma lengua, y en las demás semíticas, se tenía por cierto que las raíces eran de dos sílabas, hasta que la filología estableció que las raíces de todas las lenguas son monosilábicas: el chino que se había tenido por inaccesible, dejó de serlo luego que se le aplicó el análisis por los lingüistas. Como ejemplos de las anomalías que pueden explicarse con la comparación de las lenguas, bastará recordar que por la análisis de los pronombres sanseritos quedan libres de to-

da irregularidad los de las demás lenguas de la misma familia: el verbo sustantivo que en latín, como en casi todas las lenguas, es irregular, encuentra en el mismo idioma dos formas regulares de donde se deriva: en el inglés el comparativo *better* no puede derivarse del positivo *good*; pero el estudio del persa nos demuestra que de él se tomó, pues *bekter* tiene la misma significación, derivado regularmente de *beh*, bueno.

De la influencia de la filología en las lenguas particulares se desprende la que tiene en la literatura, que sólo se comprende por medio de ellas. ¡Cuánta poesía no se ha encontrado en el místico hebreo! ¡Qué abundancia en la literatura china! ¡Qué tesoros de filosofía en los libros donde se ha estudiado la lengua de la Italia! De la literatura sanscrita tenemos ya una historia completa en las lecciones pronunciadas por Weber en Berlín (*Academische Vorlesungen über indische Literaturgeschichte*).

Aun la zoología y la botánica pueden sacar partido de la filología. Un sabio zólogo, Desmoulins, redujo á cuatro puntos las aplicaciones de la lingüística á la ciencia que profesaban, y son:

1º La comparación de los sinónimos en las lenguas de los países de donde son indígenas los animales, sirve para rectificar los errores de las nomenclaturas clásicas respecto á las especies, ó sobre la patria verdadera de los animales.

2º Cuando un animal vive esparcido en uno ó varios continentes, ó en una zona muy extensa de uno mismo, la unidad ó la pluralidad de la raíz de los nombres que lleva en cada país, indican si es ó no indígena.

3º Cuando algunos pueblos son de origen diferente y han tenido pocas relaciones, pueden, por casualidad, haber dado el mismo nombre á animales diversos.

4º Los nombres que un pueblo emigrado da á los animales de un nuevo país, si no adopta los de éste, indican, á falta de otros testimonios ó pruebas, el origen de este pueblo.

El mismo autor comprueba todo lo dicho con suficientes ejemplos; y de la misma manera, relativamente, la botánica saca iguales ventajas de la lingüística.



En fin, la filología ha puesto ó pondrá término á multitud de cuestiones ociosas sobre el lenguaje, propias para perder el tiempo, y para ocupar á los hombres estudiosos en vanas discusiones, lo cual es ciertamente uno de los mayores beneficios que puede hacer una ciencia: esas cuestiones son tales como las que se refieren á la lengua primitiva, al lenguaje único, ó afinidad de todas las lenguas, al proyecto de una lengua sabia, al alfabeto universal, etc., etc.

Con lo dicho creo ya suficientemente probado lo que me proponía, atendiendo á los límites en que debe encerrarse una introducción. Paso, pues, á tratar del sistema que seguiré en la presente obra, sin cuyo conocimiento carecerían de valor mis conclusiones.

Los filólogos se dividen en dos escuelas, por lo que toca al medio de clasificación, pues unos buscan la afinidad de las lenguas en sus voces, y otros en su gramática. Los partidarios más notables del sistema *léxico* son Merian, Klaproth, Rémusat, Balbi y Adelung el joven, y los del sistema gramatical, Guillermo Humboldt, J. Adelung, W. Schlegel y su hermano Federico, porque aunque el Sr. Wiseman pone á éste entre los primeros, yo veo que da la preferencia á la gramática, en su obra *sobre la lengua y la filología de los indios*. A los gramáticos se pueden agregar en tiempos más modernos otros filólogos distinguidos, como Ernesto Renán.

El principio de los partidarios del diccionario se expresa con las siguientes palabras de Klaproth: "Las raíces y las palabras son la tela de las lenguas; la gramática da forma á esa tela; pero no por eso cambian las lenguas esencialmente, así como el diamante queda siempre tal, de cualquier modo que esté labrado."

El otro partido se funda en que la gramática es ingénita, connatural á la lengua, por lo cual no puede un pueblo poseer la tela ó materia (las palabras) sin la forma (la gramática).

Para apreciar el valor de uno y otro sistema es preciso marcar, ante todo, sus justos límites, porque de otra manera nos expondríamos á confundir el principio con la aplicación, el uso con el abuso. En lingüística, lo mismo que en otras ciencias, se ha exagerado á veces, se ha errado, ó se

ha andado más allá de lo debido, según el juicio, la parcialidad, ó la viveza de imaginación del filólogo, lo cual da á entender que no es la ciencia, sino su mala aplicación, la causa de ciertos errores.

Esto supuesto, vemos que en la escuela léxica se ha caído varias veces en la equivocación de creer que dos lenguas tienen un mismo origen, porque se les encuentran ciertas palabras comunes; pero palabras que en ninguna manera deben dar ese resultado, sino que son introducidas por el comercio, la vecindad, los viajes, las guerras ó las conquistas. Por ejemplo: en la lengua castellana hay muchas palabras árabes y algunas hebreas, y sin embargo estos dos idiomas pertenecen á la familia semítica, mientras que el castellano es de la indo-europea. En este caso la historia nos explica que los árabes dominaron en España, y que muchos hebreos se establecieron allí; pero á falta de historia, ¿no se engañarían los que quisieran suponer una comunidad de origen al castellano y al árabe ó hebreo, por sus palabras comunes? De la misma manera es seguro que se equivocan los que quieren hallar afinidad entre el sanscrito y el vascuence, porque tiene éste algunas voces de aquél, siendo así que nada es más natural, si consideramos que el vascuence está rodeado de lenguas indo-europeas, que han podido fácilmente comunicarle algunas voces.

Lo dicho es en cuanto á la clase de palabras; en cuanto al número de ellas no ha faltado quien crea que tres ó cuatro, algo parecidas, son bastantes para probar la analogía de dos lenguas, sin considerar que la conformidad de nuestros órganos y la ley de la onomatopeya pueden producir algunos sonidos semejantes.

Tan natural es esto, que así sobre ello como sobre la clase de palabras que deben compararse, han llamado al orden los lingüistas juiciosos de la escuela *léxica*, pudiéndonos servir de intérprete ó representante suyo Abel Rémusat, á quien no hay tacha que poner. Véamos cómo se expresa este distinguido lingüista en su discurso preliminar á las *Investigaciones sobre las lenguas tártaras*.

"Si se quiere rehacer la historia de un pueblo, del cual se posee el vocabulario y la gramática, he aquí como creo que se debe proceder. Será preciso, primeramente, to-